

LA CORRESPONDENCIA PRIVADA DEL ESCRITOR CÉLEBRE: D. JUAN VALERA EN SUS CARTAS

Desde 2003 viene editándose, bajo la dirección de Leonardo Romero Tobar y con la estrecha colaboración de Ángeles Ezama Gil y Enrique Serrano Asenjo, la que aspira a ser la recopilación más completa y ordenada de la cuantiosísima correspondencia conservada de D. Juan Valera, desde 1847 hasta la fecha de su muerte, en 1905. Fruto de este trabajo es la disponibilidad, a día de hoy, de 3204 cartas valerianas (organizadas en seis volúmenes), una cifra que puede verse engrosada por varios centenares más cuando haga aparición el séptimo volumen (ya en prensa) de este proyecto.

El cómputo citado incluye tanto las cartas ya publicadas (en colecciones o en ediciones individualizadas) como las numerosas cartas inéditas que los investigadores han rescatado de diversos fondos. Como es lógico, son éstas últimas —en su mayoría cartas familiares— las más elocuentes a la hora de iluminar facetas inéditas de la personalidad de Juan Valera, o de su modo de abordar la creación literaria, hasta el punto de que podrían ser consideradas, sugiere Andrés Amorós (2005), su mejor biografía.

En efecto, ya desde los primeros deslindes de Manuel Azaña (1926) o los valiosos estudios de Bravo Villasante (1989) el material diseminado en las cartas de Valera ha alimentado cada ensayo de aproximación al retrato vital del escritor (Lombardero, 2004; Contreras, 2005) Pero posiblemente sólo podremos llegar a una biografía definitiva del egabrense a partir de la edición completa y seriada del conjunto de su epistolario. Dicha biografía debería contar, de entrada, con los conatos autobiográficos que el propio Valera dispensó más de una vez en sus cartas, bien de modo formal, como en la nota enviada a Luis Ramírez de las Casas-Deza para el *Diccionario biográfico de cordobeses ilustres* (5-1-1863, n.360) o al Dr. Thebussem (6-8-1896, n. 2902) y, muy principalmente, a través de las sustanciosas confidencias que

Valera hizo a sus íntimos; especialmente a su hermana Sofía, con la que jamás guardó ningún secreto: «yo te lo cuento todo, como tú me lo cuentas todo» (17-3-1885 a Sofía Valera, n. 1685). Gracias a estas cartas conocemos el yo recóndito del escritor, acongojado por el fracaso de su matrimonio o los contratiempos devenidos de una ingenua afiliación política. Sabemos así que Valera, respetuoso hasta el escrúpulo con el decoro social, se lamentó en numerosas ocasiones de no haber aprovechado para su beneficio el respeto que inspiraba a los conservadores, «más instruidos y sensatos» (a Sofía Valera, 24-1-1890, n.2287) ya que sus compañeros liberales parecían incapaces de valorar en justa medida sus cualidades: «Sagasta y los suyos me tienen tan desatendido y enojado que no me pesará de que Canovas vuelva. Así pudiera yo, sin dar qué decir y sin parecer inconsecuente, pasarme a su partido» (a Sofía Valera, 27-3-1890, n. 2298); «Si yo hubiera seguido a Canovas, ya hubiera sido ministro y embajador y cuanto hay que ser. En este partido cada día estoy y me siento más desdeñado», (a Sofía Valera, 24-1-1894, n. 2287) De otras circunstancias íntimas (y escandalosas), conocidas a través de las cartas de Valera a sus amigos, ya han dado cuenta y razón varios estudiosos (Abud: 2004); pero lo interesante de estos detalles no radica en su tonalidad sensacionalista sino en la corroboración de que el trabajo sistemático y riguroso sobre el epistolario completo de Valera, como el que están llevando a cabo el Dr. Romero y sus colaboradores, ha de reportar, por fuerza, sustanciosos beneficios para los estudiosos. En primer término, facilitando la anotación de los guiños y sobreentendidos insertos en las narraciones valerianas. Pero también por la cantidad de noticias de toda índole que este repertorio ofrece sobre la historia del siglo XIX español. Finalmente, porque las cartas de Valera, muestran al elegante prosista que fue y lo sostienen a la misma altura literaria de sus novelas. Por esta razón el epistolario da sus frutos (y Cyrus Decoster lo defendió desde sus primeros trabajos) no sólo para los investigadores de la historia de la literatura sino también para los lectores más regocijados (1956: 12). Las numerosas reseñas ya aparecidas sobre este epistolario editado en Castalia insisten en el mismo punto. El egabrense se muestra en estas páginas un portentoso «irónico, socarrón, agudo observador y de vasta cultura», asegura Ricardo Senabre (2005). Las virtudes más señaladas de su prosa son patentes en sus cartas, reafirma Alberto González Troyano (2005)

Además de las cartas familiares, el epistolario incluye numerosas cartas prácticas, referidas a cuestiones profesionales, de negocios, dirigidas a periódicos, cartas eruditas destinadas a intelectuales más o menos próximos al escritor, etc. A través de todas ellas se hace patente la actualidad política, social o religiosa del momento, tenemos noticia de los proyectos literarios o editoriales de Valera (fundación o participación en empresas periodísticas)

somos testigos de la valoración y difusión que el propio escritor hizo de sus obras (traducciones, críticas que recibe del extranjero, posibilidades de venta, reflexión sobre los mercados editoriales), tomamos nota de sus opiniones sobre colegas españoles o extranjeros (franceses, italianos, portugueses, norteamericanos, ingleses, rusos y checos, alemanes), escuchamos sus agudas reflexiones acerca de la historia política y literaria de diversos países, etc. Y en definitiva, somos informados acerca de lo que entonces se denominaba el «movimiento literario»: la vida diaria de los artistas y escritores, las noticias de los estrenos de teatro y zarzuela, de las nuevas publicaciones o el desarrollo de las modas editoriales.

Utilizando la terminología clásica de Festinger y Katz (1957) son también las cartas de Valera *documentos expresivos*, o lo que es lo mismo, testimonios para la narración no oficial de los sucesos históricos. Entre los ejemplos evidentes que podemos mencionar aquí destacamos en primer lugar la alusión en 1850 al escándalo matrimonial de la reina Isabel, momento en que Valera anota significativamente: «Los periódicos que hablen de este asunto serán probablemente recogidos; de modo que nada se sabrá sino por las cartas particulares, si también no las recogen» (A José Valera, 19-4-1850, n. 39) La narración de los sucesos de la fatídica noche de S. Daniel (a Francisco Moreno Ruiz, 19-4-1865, n. 539) trasluce el eco de la conmoción, como también en el relato de revolución septembrina (a su esposa, 26 de septiembre a 3 de octubre de 1868) o de los horrores y sobresaltos continuos a que dio lugar el ensayo de la república unitaria en Alcoy, Cartagena, Almería, Valencia, Málaga, (a Sofía Valera 25-7-1873, n. 837 y 1-8-1873, n. 839). Pero quizá el más conmovedor de estos testimonios sea el doliente acento con que Valera refiere la crisis del 98. Desde la voladura del Maine, que Valera atribuye al propósito de los americanos de justificar la hostilidad contra España, las cartas de este periodo siguen, paso a paso, la tragedia del ejército español en Cuba, diezmado por la guerrilla, las enfermedades, y la incompetencia de los generales al mando. El sacrificio inútil de la juventud de la nación, el sufrimiento del gobierno español, que no tuvo más remedio que tragar humillaciones e insultos para evitar mayores males —buscando cómo entregar Cuba sin arruinar completamente su prestigio internacional— la impasibilidad de toda Europa ante la guerra que se le venía encima a España, son hechos que apesadumbran a Valera y lo hundían en el pesimismo; más aún, a esta situación anímica, por la que están pasando también todos los españoles, atribuye el escritor su incapacidad para la creación literaria: «ahora no escribo cuentos, ni novelas, ni nada. Tan preocupado me tienen los públicos infortunios» (al barón de Greindl, 14-7-1898, n.3102). El pueblo español se siente abatido, enfermo, impotente y

espera, es el deseo constante de Valera en sus cartas, el último recurso del auxilio providencial.

Dios dé valor a nuestros soldados para matar o para morir peleando y a nosotros para resistir las privaciones y la miseria que nos pueden venir encima. Y Dios nos dé además generosa serenidad de ánimo, para estar muy unidos y no echarnos la culpa unos a otros con antipatrióticas e inoportunas reminiscencias de los males que sobrevengan y que nuestra desunión puede hacer mil veces mayores (a Francisco Rodríguez Marín, 7-4-1898, n. 3074)

La situación conduce a Valera a reflexionar sobre la nacionalidad española, estribillo que había sido familiar en sus meditaciones durante sus estancias diplomáticas en los diversos países, pero que ahora se ve aderezado por el no disimulado orgullo. Esta catástrofe no ha sobrevenido a España por los supuestos defectos de sus ciudadanos, por los errores históricos. Los españoles no son un pueblo inferior, al contrario. Aún sin educar, resultan «menos rudos, zafios y groseros que los otros pueblos», y cuando alcanzan cierta educación tienen siempre más sentido común y no caen «en tantas extravagancias y locuras y depravaciones como la gente culta de otros países y castas», (a M. Pelayo, 15-7-1885, n. 1741). Si España ha sufrido este fracaso ha sido a causa de su excesiva bondad «Los españoles están tan hundidos de puro buenos», (a Carlos Espinosa de los Monteros, 7-9-1893, n. 2605).

Es curioso constatar a través de este epistolario, también, los certeros presagios de Juan Valera acerca del rumbo que podría ir tomando en un futuro la política internacional. Observador imparcial, agudo, y ponderado, resulta turbador su vaticinio sobre el germanismo.

Alemania anda, a su modo, no menos revuelta que España, amenazando al mundo con una guerra entre Austria y Prusia que, si llegase a estallar, acabaría por convertirse en una guerra europea. Ya Italia, coligada con Prusia, tiene más ganas de venir a las manos que Prusia misma. Todo esto lo arma el conde de Bismarck, el más atrevido, el menos escrupuloso y el más peligroso hombre político que ha nacido en esta tierra, desde el Gran Federico (a Laverde, 26-4-1866, n.580)

Como es obvio, el voluminoso epistolario de Valera fue construyéndose por razones de forzosa necesidad, durante las largas estancias fuera del país del escritor diplomático; pero también, y quizá sea ésta la razón principal, por la índole especialmente afectuosa y comunicativa de su carácter. Hasta el final de su vida D. Juan Valera necesitó del diálogo y

el intercambio intelectual con sus familiares, amigos y compañeros escritores, porque para él escribir —declaró en cierta ocasión al Dr. Thebussem— era algo así como compartir y transformar en Historia el propio existir. Dejar de escribir, por el contrario, considerarse ya «muerto y hasta enterrado», (11-3-1898, n. 3057). Por eso, cada una de las cartas recibidas significaba para Valera un instante de compañía y consuelo, una necesidad casi física: «Yo las necesito y las pido de vez en cuando», confesaba a Menéndez Pelayo, «pues le aseguro que, con harta frecuencia, a pesar de mi premeditado optimismo, el abatimiento y la murría me asaltan y se apoderan de mi espíritu, y las palabras de usted, aunque de lejos y encomendadas al papel, me consuelan y me animan» (20-5-1887, n. 2025) De ahí los cariñosos reproches con que se dirigía a sus más íntimos correspondientes cuando se mostraban tardos u olvidadizos en responderle, de los que hay ejemplos en las cartas enviadas a sus hijos desde Washington, en las que el escritor suplica que no sean tan lacónicos y, sobre todo, que no olviden fechar debidamente sus respuestas, pues necesita sentirse informado y poder imaginar las circunstancias concretas en las que escriben.

Por su parte, Valera fue un correspondiente diligente y devoto, sin excesivas manías. Escribía en cualquier tipo de papel, de variado tamaño o aprovechando las cuartillas rotuladas con el membrete oficial de sus destinos. En ocasiones, su letra inclinada, uniforme y rectilínea, deja adivinar las huellas de la edad, o dificultades especiales, como en las cartas escritas desde Viena, cuando el pulso le falla y la vista se le fatiga, o en las enviadas desde Italia, redactadas en un papel fino que desparrama la tinta. Por lo general Valera fecha cuidadosamente sus cartas. Puntual y ordenado, suele respetar las convenciones epistolares, las aperturas y cierres consabidos y el clásico recuento y enumeración de los temas tratados por el correspondiente, a los que va dando respuesta en el núcleo textual de su epístola. Es decir, siguen sus cartas un esquema ordenado: alusión a la carta que contestan, imprecación afectuosa o burlesca del correspondiente —al que se tacha de perezoso, tardo, o a quien elogia por su fidelidad y constancia— intercambio de noticias sobre la salud propia o las circunstancias familiares, información sobre los trabajos literarios en curso, y demostración de interés por el bienestar o salud de su interlocutor. Después de estos preámbulos, la narración pasa al pormenor de alguna anécdota principal pintoresca, graciosa, por lo general, o grave en algunas ocasiones. A continuación aborda Valera en sus cartas los asuntos particulares que atañen a los dos correspondientes y concluye con la despedida cortés y/o familiar. Este es el esquema de la generalidad de sus cartas. En otras, menos numerosas pero riquísimas de contenido, el escritor se despega de este cañamazo para adentrarse en géneros literarios, el diario del viaje, el cuadro costumbrista, el

ensayo erudito, o la narración picaresca. Un último grupo de sus cartas prescinde de todo introito ritual para abordar directamente el desahogo afectivo del escritor; son textos, lógicamente, dirigidos a las personas más cercanas.

El ideal de estilo de la carta es para Valera, en todos los casos, la naturalidad, (aconseja a su hermana en cierta ocasión difícil, 3-9-1887, n. 2056). De hecho, y pese a sus constantes alusiones eruditas ya desde su extrema juventud, el escritor no resulta nunca pedante o átono en sus cartas, incluso cuando se ocupa de temas áridos, como la «alta filosofía». Por lo mismo, no logra disimular su satisfacción cuando sus cartas son motejadas de ingeniosas y divertidas; razón por la que Valera copia, en una carta a su hermano José, un fragmento de otra carta (la que Lucía Palladi, «La Muerta», le había escrito poco antes) donde su correspondiente alababa el gracejo y elegancia de estilo epistolar: «je vous assure que vous m'avez bien fait rire», confiesa Lucía Palladi, entre admirada y divertida. Aunque también lamenta «La Muerta», a renglón seguido, que la facilidad e ingenio exhibida por su amigo no sea empleada con mayores frutos en el trabajo literario: «Je regrette seulement que vous n'employez pas ce talent d'écrire que vous avez évidemment á des choses plus importantes, aussi bien qu' à des lettres familières et sans prétentions» (A José Valera, 5-4-1850, n.34)

Según se desprende de esta observación, Lucía Palladi diferenciaba claramente la carta privada del texto literario o artístico. La opinión del propio Valera no era muy distinta y la cuestión enlaza con uno de los puntos más debatidos por los teóricos del género epistolar (Hamburger: 1977; Altman: 1982; Combes: 1992). Pese a todo su valor documental o histórico, ¿forman o no parte de la obra literaria de un escritor sus cartas privadas? En su origen esas cartas carecen de intencionalidad artística y no han sido concebidas para una difusión pública. En el caso concreto de Valera, la tradición de incluir su correspondencia en el conjunto de su obra literaria la comenzó su hija Carmen cuando, en 1913 incluyó dentro del plan de sus *Obras completas* dos tomos especialmente dedicados a las cartas. Pero con esta decisión Carmen Valera no hacía sino institucionalizar lo que había venido ocurriendo en vida de su padre. Muchas de las cartas del escritor habían sido difundidas en la prensa o a través de la lectura pública pese a haber sido redactadas para interlocutores privados. De hecho, puede decirse que fueron las cartas familiares las que sirvieron a Valera de peldaño hacia su consagración literaria. Ya antes de hacerse públicas las destinadas a Leopoldo Augusto Cueto (desde Rusia) la correspondencia dirigida por Valera a Estébanez Calderón le había granjeado la reputación de extraordinario estilista (cuando «El Solitario» mostró estos textos a sus amigos y conocidos). Pero cuando llegó a oídos de Valera que las cartas

desde Rusia estaban siendo aireadas en el periódico madrileño *La España* no vaciló en escribir a Cueto para concederle el permiso de seguir publicándolas. Su temor era que unos textos escritos «a galope, y sin presumir yo de atildado y retórico» pudieran ser tachados por alguno de desaliñados.

Pero siga usted publicándolas si quiere, que yo me enmendare, cuando no en el estilo, pues por mi carácter es imposible que yo le lime y pula para escribir una carta familiar, al menos las noticias que vaya dando, las cuales procuraré que en adelante sean de más interés (1-1-1857 n.162)

Sólo un escrúpulo parecía inquietarle: el de parecer atrevido o apresurado en sus valoraciones. Ya entonces el escritor aceptaba la vecindad de sus cartas con el género literario de las «impresiones de viaje», y asumía el riesgo de deslizarse —como, de hecho, hacían más de una vez los autores viajeros— en la impertinencia o temeridad. Consciente de que su visión de la sociedad rusa distaba mucho de resultar autorizada y objetiva pedía Valera a Cueto (en un apóstrofe que englobaba a un interlocutor plural, el público): «Ruego, pues, a cuantos pongan los ojos en estas líneas, que no lo hagan por instruirse, sino para divertirse un rato, si, por dicha mía, les parecieren divertidas» (ibid.)

Quizá como diario de viaje aquellas cartas habían podido rondar la impostura o inexactitud; pero el gracejo de su estilo, el interés de los episodios relatados y, principalmente, el marco comunicativo en que habían sido escritas (la intimidad de la amistad) justificaban suficientemente aquellos textos. En la correspondencia privada un amigo puede decir a otro todo lo que le venga en gana, defendía Valera. Nadie tendría derecho, por tanto, a escandalizarse porque en aquellas cartas se hubiesen deslizado críticas personales. Con ello se refería Valera a lo suscrito sobre sus compañeros de legación, opiniones que tan sólo al juego o la broma eran atribuibles, o también, a la poética característica de la carta familiar que, desde luego, ni el duque de Osuna, ni el diplomático Quiñones aceptaron como tales. «¿Qué pueden ellos comprender de mis teorías sobre la broma y la risa, en que está basada, y por lo tanto, disculpada mi conducta», se justificaba Valera a Cueto (20-1-1857, n.168). Como buen español Valera había escrito hiperbólicamente: «De Quiñones no he dicho más que cuatro chistes fríos, con la intención de hacer reír sin ofenderle» (A Cueto, 28-1-1857, n.171)

Lo cierto es que el asunto de estas cartas ocasionó que Valera tuviese que pedir la salida de la legación. Y no fue ésta la única vez que sus cartas privadas llegaron a difundirse para un público amplio. Su respuesta crítica a la novela enviada por Gómez Carrillo, *La suprema voluptuosidad*,

apareció transcrita en la prensa. Quizá por eso, pudo aconsejar a su sobrina Luisa (por mediación de Sofía Valera) con conocimiento de causa, cuando ella tuvo que afrontar la vergüenza de que su ex marido divulgase cartas familiares en las que se vertían burlas de conocidos:

Cada cual, en el seno de la confianza, bajo sigilo, y tal vez en momentos de mal humor, censura a las personas que le son más queridas. El que publica y divulga estas censuras, es, pues, el responsable, y no el que las escribe, sin odio ni ira contra la persona censurada, y quizá solo por decir un chiste, que no cree puede tener consecuencia (a Sofía Valera, 23-7-1886, n. 1888)

Pasado el tiempo, Valera respondería negativamente al Dr. Thebusem a su proposición de publicar sus cartas bajo el título, *Memorias o Cartas sobre su tiempo*. La carta familiar se gesta, recuerda Valera al Dr. Thebusem, «en el seno de la confianza y con el debido sigilo», y en la presunción de un correspondiente discreto es como hacen aparición en ellas «anécdotas y lances cómicos» sobre las personas que se ha conocido y tratado. El redactor de la carta íntima nunca tiene presente, al escribir su texto que su carta pueda llegar a hacerse pública, no proyecta su carta desde la intencionalidad literaria, aunque pueda rozar este estatuto; y es esa inconsciencia la que le permite alcanzar el tono natural y chispeante que la carta familiar necesita. Si el autor no escribiese para un interlocutor conocido, del que espera una respuesta previsible —simultáneamente presente y ausente— sino para un público anónimo e impenetrable, «todo el chiste y todo el primor que esta carta pudiera tener desaparecería por completo» y faltaría al autor, «el abandono, la franqueza y la casi licenciosa libertad que tengo al escribirla ahora» (27-5-1899, n. 3167). El gracejo, chiste, y la humorada, tantas veces volcados en un estilo castizo e ingenioso, son para Valera los matices esenciales de la carta.

Fueron sus cartas el trampolín del Valera narrador, el «banco de pruebas de su estilo literario», en frase de Pagés (1997:47) No era Valera, desde luego, el primer escritor en alcanzar su consagración gracias a una obra epistolar y basta traer a la memoria el ejemplo de Guez de Balzac, Chapelain o Madame de Sévigné. Reordenando su experiencia, buscando comunicarla a un destinatario, al fin fraguó la vocación literaria de Valera, primero con el proyecto *Cartas de un pretendiente*: «Estas cartas formarán, si las escribo, una historia completa, donde habrá amores, desafíos, casamiento, etc», (A su padre, 8-3-1850, n.30) Después, con su primera novela publicada, *Pepita Jiménez*; y a partir de entonces sin abandonar este punto de referencia estructural, como en los ensayos críticos de las *Cartas Americanas*, el ensayo *Budismo esotérico*, o el cuento «El doble sacrificio». La dificultad que Valera

encontraba para su quehacer literario recaía en su propio carácter, tendente a la disipación y cuya evidente falta de voluntad para afrontar el esfuerzo de la composición le retraía de sus proyectos. La carta, en cambio, le permitía sesiones concentradas y breves de escritura. Lo fundamental para consagrarse como escritor, declaraba el propio Valera, era el ejercicio y el entrenamiento, «porque el escribir se aprende con el uso», (a José Valera, 8-4-1850 n. 35). Pues bien, para Valera, la carta fue la palestra de esos ejercicios de escritura. Por su condición versátil, además, la carta le permitía incluir todo tipo de materiales (noticias, versos, impresiones, descripciones, retratos, cuadros de costumbres) y como escrito en prosa tenía la ventaja de no precisar especial inspiración, bastaba solo «con saberlo hacer y tener qué decir», (a su padre, 3-5-1850, n.46). Y Valera tenía mucho que decir, tanto de su experiencia mundana como de sus proyectos y reflexiones literarias. Esto es lo que declaraba a Menéndez Pelayo con motivo de la redacción del *Budismo esotérico*: «Tengo muchísimo, muchísimo que decir. La cuestión está en el arte y en la inspiración para decirlas, porque en medio de las bromas y las burlas es menester que resalten la verdad y lo sentido y creído de mucho de lo que diré» (A M. Pelayo, 20-5-1887, n. 2025) Es interesante ver, por otra parte, cómo Valera establece paralelos en muchas de sus cartas entre los destinatarios epistolares y el público en general, como, por ejemplo, cuando confiesa a Thebussem su propósito de aprovechar los ratos de lucidez que le dejen sus enfermedades para «escribir a mis amigos y al público lo menos mal que pueda», (al Dr. Thebussen, 15-10-1897, n.3018)

Pero aún más, no puede asegurarse que Valera no hubiese previsto para sus cartas familiares una dimensión artística. En verdad refieren sucesos comunes en la vida de la alta sociedad, a la que pertenecía Valera por su posición familiar y su oficio; pero dentro de la excepcionalidad de esta clase reproducen anécdotas rutinarias y predecibles. Sin embargo, el modo de referir estos episodios es ingenioso y atrayente. Bajo la pluma del escritor las celebridades históricas se transforman, más de una vez, en seres novelescos, y sus avatares biográficos en aventuras romancescas. Pero también el propio escritor se metamorfosea en personaje, ora desenfadado y pícaro, ora abúlico y doblegado. Su capacidad para pintar escenas truhanescas, costumbristas, paródicas, es magistral. Hablando de la mesa familiar del duque de Rivas a la que piensa sentarse cotidianamente, en la legación de Nápoles, comenta:

Yo espero que al fin me convidará todos los días, como es natural que haga con uno de sus subordinados que es amable y poeta y amigo suyo. En este caso me ahorraré mucho dinero, porque a mí me gusta comer bien y no soy partidario de atormentar la panza por llevar galas, como si fuera uno un cofre primoroso por fuera y vacío por dentro, (a su padre, 21-1-1847, n.5)

Fascinado por la impertinente Eugenia de Montijo, aún niña, la describe como una diabólica muchacha:

que, con una coquetería infantil, chilla, alborota y hace todas las travesuras de un chiquillo de seis años, siendo al mismo tiempo la más *fashionable* señorita de esta villa y corte, y tan poco corta de genio, y tan mandoncita, tan aficionada a los ejercicios gimnásticos y al incienso de los caballeros buenos mozos, y, finalmente, tan adorablemente mal educada, que casi, casi se puede asegurar que su futuro esposo será mártir de esta criatura celestial, nobiliaria, y, sobre todo, riquísima, (a Dolores Alcalá-Galiano, 21-1-1847, n.4)

Valera escribe con gracilidad, ligando en progresión armoniosa los sucesos, tanto cuando se refiere a sí mismo como a las actitudes de otros. En pocas pinceladas resume a Justo Navarro los últimos acontecimientos biográficos que le han conducido hasta su misión diplomática en Nápoles:

En todo el tiempo que no nos escribimos ya habrás sabido que concluí mi carrera de Leyes, que mi hermana Ramona casó y que me vine a Madrid con el intento de buscarme alguna ocupación lucrativa y honrosa, con cuyo objeto venía decidido a pasar un año con un abogado y después abrir bufete; pero, como mi fuerte no es el trabajo, y menos de esta clase, ahorqué la toga, quemé la golilla, y aprovechándome de una buena coyuntura, me metí de patitas en la diplomacia, donde, con bailar bien la *polka* y comer pastel de *foiegras*, está todo hecho. Por consiguiente, te participo que desde el 14 del corriente soy *attaché*, aunque por ahora *non payé*, con destino a la Legación de Nápoles, cuyo Embajador, el Sr. Duque de Rivas, no ha dejado de influir para que yo fuera su subordinado, (A Juan Navarro Sierra, 22-1-1847, n. 6)

Tras la lectura del epistolario preparado por Leonardo Romero cabría corregir un tanto la afirmación de Cyrus de Coster cuando aseguraba en 1956 que en estas cartas se percibe escasamente «la naturaleza interior de sus procedimientos creadores» (1956:19). Más bien al contrario, podría decirse que Valera no sólo no omite alusiones al proceso de creación de sus obras sino que se refiere con frecuencia a las penalidades sufridas por causa de la vocación literaria. Son sus cartas el boceto de un diario de artista, con sus obsesiones y angustias, su temor a esterilidad, o a la falta de dominio propio, la inseguridad sobre su talento, y hasta las confidencias acerca de su método creativo. A modo de ejemplo véase la confesión a Tamayo y Baus,

ya casi al final de su carrera, de su no contrita redundancia verbal, que no suele obtener enmienda ni pulimiento: «yo me emborracho cuando escribo y ensarto con mucho candor todos los disparates regocijados que se me ocurren, y luego no me determino a sacrificarme borrándolos, pero me entra mucho miedo de que el público me censure» (a Manuel Tamayo y Baus, 28-10-1894, n. 2740) Ya en 1887 había revelado algo similar al barón de Greindle: «Éste además es mi método en todo. No debe uno lamer ni sobar mucho; y la enmienda, si es menester de enmienda, ha de venir en otra obra por hacer y no en la ya hecha. Lo mejor es enemigo de lo bueno, y no hay criatura, ni fruto, ni producción, que no se encanije, desflore y marchite, cuando se la toca y se la retoca» (18-9-1887, n. 2060)

Atento observador de la realidad, en algunos casos admite Valera que el motivo inspirador de alguna de sus figuras literarias ha sido destilado de la experiencia cercana, revelando así el origen de alguna de sus creaciones. Es el caso de su novela *Genio y Figura*, inspirada en la conducta de su polémica sobrina, Antoñita, que consiguió engatusar al ya proveyecto tío, Antonio Alcalá Galiano (a Thebussen, 15-9- 1899, n. 3187). Para el cuento «La buena fama» confiesa Valera que su inspiración fue Voltaire y no Grimm, como los críticos señalaban; algo nada extraño para un autor devoto fiel del *Quijote* y *Cándido* (a Rodríguez Marín, 4-7-1895, n. 2790). A través de sus cartas es posible seguir los pormenores de la larga gestación de *Morsamor*, novela hacia la que experimenta sentimientos encontrados de orgullo y desazón: «pero ya sea mala, ya sea buena, de lo que yo no dudo es de su marcada originalidad, de que no se parece a ninguno de los géneros de las novelas que hoy se escriben», (al barón de Greindl, 13-7- 1899, n. 3172) Otro de los ejemplos más célebres es D. Juan Fresco, personaje de *Las ilusiones del doctor Faustino*, cuyo apodo tomó Valera de un personaje real de Doña Mencía, «creando un personaje harto diferente, personaje que me ha servido luego para encarnar en él toda la parte fresca o toda la faz desenfadada y alegre de mi propio carácter» (A Juan Moreno Gúeto, 9 abril de 1897, n. 2959), un «Hamlet, o más bien un Doctor Fausto *bourgeois* y prosaico, en el seno de la prosaica realidad el día. No es extraño que sea vago e incierto este personaje, que es como tipo de la juventud de ahora. De mucho que he notado en mí y en veinte o treinta amigos mío, he compuesto a mi doctor Faustino. El D. Juan Fresco es otra faz de mi propia personalidad de muchas otras de mi generación anterior a la mías» (a Manuel Milá, 15-7-1875, n. 872).

El Don Juan Fresco, real, se molestó profundamente al verse transformado en personaje de novela, pero sin razón verdadera, alegaba Valera. Porque en sus cuentos el escritor tomaba de la realidad, «usos, costumbres, historietas vulgares» pero, como era doctrina sostenida a lo largo de toda su carrera, transformaba por la imaginación esos modelos

insertándolos en una fábula y caracteres inventados (a Francisco Moreno Ruíz, 15-9-1877, n.954). Aún adoptando para sus novelas apodos reales los personajes que lucían esos rótulos de nobleza en sus narraciones, «en nada, absolutamente en nada, se parecen a los en Doña Mencía apodados. De la misma manera, el D. Juan Fresco mío puede ser Vd puede ser mi padre, puede ser cualquiera antes que el D. Juan Fresco de por ahí» (a Francisco Moreno Ruíz, 15-9-1877, n.954). Y reiteraba mucho después Valera: «Nada me ha repugnado más toda mi vida que tomar exactamente de la realidad a mis seres novelescos. Lo que sí hago y no puedo menos de hacer para crearlos es tomar algo de acá y de allá, amasarlo y barajarlo todo, y formar un compuesto que a nada ni nadie se parezca» (A Juan Moreno Güeto, 9-4-1897, n. 2959) La novela es parto de la imaginación poética, que transmuta la realidad según el ideal; en ello reside, según el autor, la diferencia entre historia y poesía, de la cual se compone también la novela aunque se desarrolle en prosa. Por eso la novela no se contenta con narrar lo que comúnmente sucede sino que embellece por la imaginación lo que en verdad ha sucedido.

Es también conmovedor comprobar en estas cartas el afecto por su primera novela, *Pepita Jiménez*, sobre la que tanto se dijo y que le valió la recusación de su propuesta como embajador en el Vaticano, por mucho que el escritor tratase de explicar que su propósito en esta obra no había sido «defender ninguna tesis, ni divulgar ninguna doctrina, sino escribir por amor del arte un libro de entretenimiento» (A Manuel Milá, 20-7-1874, n.854) Así se defendió Valera en carta al barón de Greindl:

Yo nada he querido probar en *Pepita Jiménez*; pero, si contra mi intención y propósito, puede sacarse algo en claro de mi novela, es que la aspiración religiosa, mística y activa a la vez, de don Luis, era un millón de veces más sublime y noble que su amor a una mujer, por muy poético y delicado que éste fuese; y que si no tuvo razón ni brío para subir a la altura de aquella aspiración fue porque no era firme, sino vaga e inconsciente. Pero que, aún así, con solo haberla tenido, se hizo más capaz y más apto para amar a la mujer y vivir santamente con ella y ser un honrado esposo padre de familia, ya que no pudo ni supo ser un sabio, un extático e iluminado y un caritativo apóstol de Cristo, llevando su doctrina por el mundo hasta las más remotas regiones, y con su doctrina, la flor y la luz más clara de la civilización europea. Yo escribo las novelas para divertir y no para enseñar, pero el sentido que de la diversión se desprende (hasta a pesar mío) es éste y no otro (al barón Greindl, 6-12- 1886, n. 1941)

Valera sentía *Pepita Jiménez* como su mejor obra. En 1886 *Pepita Jiménez* estaba a punto de aparecer en alemán, traducida pro el Dr. Fastenrath. Desde su misión diplomática en Lisboa Valera se queja frecuentemente con sus amigos correspondientes de la necesidad de los gobernantes españoles, la petulancia de los portugueses, los agobios económicos a que le fuerzan la insuficiente asignación económica de su cargo oficial, la preocupación por la salud de su hija Carmen, enferma, y la infelicidad de su matrimonio (esto último, naturalmente, sólo confiado a Sofía). Valera añora un estado de ánimo análogo al que había producido aquella hermosa novela.

Quisiera yo serenidad de espíritu, y cuando no alegría, porque en mí la alegría ya no es posible, cierta calma melancólica que me consintiera escribir. Siento, por mil estímulos, el afán de producir algo, de aligerar el alma, dándole bellas formas, del los informes pensamientos que se agitan y pesan en ella; pero no estoy para nada. De aquí un aumento de pesar. Se me figura que he muerto ya para la vida del poeta, del literato, del que da a luz obras de arte ¿Cuándo engendraré yo y pariré otra *Pepita Jiménez*? (a M. Pelayo, 19-2-1882, n.1271)

Por último, otro de los aspectos que vale la pena destacar de estas cartas es la interesante y frecuente reflexión que Juan Valera realiza sobre la Historia de la Literatura, que sirve, no sólo para la valoración de los movimientos —el romanticismo, naturalismo y decadentismo— cuestiones sobre las que Valera se explaya en otros lugares (discursos y ensayos críticos) sino, muy principalmente, para la reconstrucción del método historiográfico aplicado por el autor al estudio de la literatura española (un ejemplo es la carta dirigida al barón de Greindl, 17-9-1887, n.2059)

Manifiesta el escritor un singular interés por los trabajos de los hispanistas extranjeros, los cuales conoce bien y con los que se cartea en ocasiones (James Fitzmaurice-Kelly, Boris Tannenber, Morel-Fatio, Farinelli, Julius Hart, Hugo Schuchardt, Wilhelm Lauser, E. Merimée) Valera sigue con verdadero interés los trabajos para la confección del catálogo del fondo español de la Biblioteca de Viena. Manifiesta en numerosísimas ocasiones su admiración por la obra filológica de Menéndez Pelayo. Pondera y evalúa las historias de la literatura española antiguas y en curso: Amador de los Ríos, Ticknor, Sismondi, Wolf, Schack, Blanco García (en carta a E. Mérimée, 19-10-1897, n. 3020 y al barón Greindl, mayo de 1891, n. 2386) y elogia el propósito del catedrático francés E. Merimée de redactar un «compendio de historia de nuestra literatura» con un objetivo diverso al planteado en sus estudios por Amador de los Ríos y Menéndez

Pelayo, excesivamente extensos y eruditos (al Dr. Thebussen, 3-9-1897, n. 3013)

Con motivo del tomo que continúa la historia de Modesto Lafuente reflexiona Valera sobre los criterios que deben regir la empresa historiográfica, discriminando certeramente entre poesía e historia (a Andrés Borrego, 20-5-1881, n. 1195). El método taininiano evoca en Valera sugerentes reflexiones (a M. Pelayo, 16 de marzo de 1882, n. 1283) que comienzan por contradecir el dictamen sobre la «decadencia de la literatura española» a fines del XVII. Si la decadencia española pareció más honda en estos tiempos, aclara Valera, es en comparación al desarrollo que en el mismo tiempo experimentó la literatura en Francia, Inglaterra, Italia y Alemania. Pero no puede decirse que esta caída anulase la creatividad de los españoles, confirma el autor: «¿Llegó esta caída hasta el extremo de que pueda decirse que murió entonces el genio español, y que lo que después hemos escrito y pensado ha sido reflejo de Francia?» (A Greindl, 28-10-1887 n. 2075) Muy al contrario, enjuicia Valera: «Yo me inclino a creer, además, a pesar de nuestra postración, que no llegamos a perder nunca la *nacionalidad literaria*» (a Greindl, 16-10-1887, n.2069); todavía más, incluso en los momentos de más admiración a los franceses, hay protestas brillantes, y, en los mismos afrancesados, un españolismo indeleble, que los hace originales sin querer. Solo tendría Taine razón si por españolismo se entendiase el sentido de lo ultracatólico. Pero esta situación no duró sino un siglo y medio: «Fue un frenesí magnífico, en sus virtudes y aciertos, en sus crímenes y extravíos, pero no es esa, ni fue nunca, la única cara del genio español, que tiene muchas caras y aspectos, como los genios de otras naciones». Y cita Valera dos momentos de la persistencia original, activa y eficaz, del genio español: el momento de la expulsión de los jesuitas, cuando toda una pléyade de eruditos resplandeció en Italia se diría que «para avergonzar a Carlos III, Azara y a Aranda» y el momento romántico, intervalo en el que destaca a Zorrilla en quien, a pesar de su verbosidad «hay bastante más digno de elogio y castizo», y añade, «Hasta los no románticos de aquel periodo tienen a veces extraño valer, y a nada de fuera de España se parecen: El poeta cómico Bretón de los Herreros bien vale un Scribe, y es más literario que Scribe; vivirá más por la forma. Su fecundidad y su originalidad son indiscutibles», (al barón de Greindl, 17-9-1887, n.2059)

También para la historia de la lengua española estas cartas incluyen valiosas observaciones sobre modismos, frases hechas, vocablos populares, del folklore, inserción de anécdotas o cuentecillos. Su sentido del genio idiomático es extraordinario (al barón Greindl, 3-12-1893, n. 2620, etimología del vocablo «plepa»; a E. Mérimée, 19-10-1897, n.3020,

explicación del modismo «estar hecho a las voces, como los pájaros del ruedo», y muchos otros ejemplos)

Concluyendo, pues, indiscutiblemente los editores de esta colección están entregando a la comunidad científica un material de inapreciable valor no sólo para el estudio de la obra valeriana sino de todo el periodo fundamental de la novela española en el siglo XIX. La extraordinaria versatilidad de los asuntos que Valera va examinando en estas cartas hace sospechar el arduo esfuerzo de interpretación, transcripción, ordenación y datación, que la edición del epistolario ha tenido que exigir al equipo liderado por Leonardo Romero. Como indican los editores en cada tomo, el trabajo filológico sobre estas cartas sigue las pautas más estrictas de autenticación. Con el apunte en estas páginas sobre los contenidos más singulares de esta compilación, hemos intentado aquí poner de manifiesto la trascendencia que esta publicación tendrá sobre los futuros trabajos valerianos.

PILAR VEGA RODRÍGUEZ
UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

BIBLIOGRAFÍA

Abud, Eduardo, (2004) «La vida amorosa de Juan Valera conocida a través de su obra epistolar», *Divergencias*, 2, 1, pp. 61-81.

Alfani, Maria Rosaria, (2003-2003) «Juan Valera: Correspondencia», *Diablotexto*, 7, pp. 335-339.

Altman, Janet, (1982) *Epistolarity. Approaches to a Form*, Columbus, Ohio State University Press.

Álvarez Barrientos, Joaquín, «Sabios en correspondencia», Madrid. *Blanco y Negro Cultural*, 16 de abril de 2005.

Amorós, Andrés, (2005) *La obra literaria de Don Juan Valera. La música de la vida*, Madrid, Castalia.

Botrel, Jean-François, (2005) «Juan Valera. Correspondencia», *Bulletin Hispanique*, tomo 107, nº 1, junio , pp. 298-301

Bravo Villasante, Carmen, (1989) *Vida de Juan Valera*, Madrid, Cultura Hispánica.

Combe, Dominique, (1992) *Les Genres Littéraires*, París, Hachette.

Contreras Carrillo, Jesús Cristóbal, (2005) *Valera: Don Juan. Su perfil ignorado*, Madrid, Visionet.

Decoster, Cyrus, (1956) *Correspondencia de Don Juan Valera (1859-1905): cartas inéditas*. Madrid. Castalia.

González Troyano, Alberto, (2005) «Juan Valera: libros para un centenario», *Revista de Libros* nº 108, diciembre.

Hamburger, Käte, (1977) *Lógica des genres littéraires*, París, Seuil, 1986.

Festinger, León y Katz, Danielm (1953) *Research Methods in the Behavioral Sciences*. New York, Dryden Press.

Lombardero Suárez, Manuel, (2004) *Otro Don Juan: vida y pensamiento de Valera*, Barcelona, Planeta.

Marina Bedia, Marta, (2004) «Juan Valera, correspondencia, vols. I y II», *Revista de Literatura*, vol. 66, nº 131, pp. 285-290.

Montesinos, J. F., (1957) *Valera o la ficción libre*, Madrid, Gredos.

Pagés-Rangel, M.R., (1997) *Del dominio público. Itinerarios de la carta privada*, Ámsterdam, Rodopi.

Romero Tobar, Leonardo, (2002)«Juan Valera en sus cartas», *Blanco y Negro Cultural*, 23 noviembre 2002, pp. 4-7.

Romero Tobar, Leonardo, director, Editores literarios, Ángeles Ezama Gil y Enrique Serrano Asenjo. (2003-2007) *Juan Valera, Correspondencia* (tomos I-VI), Madrid, Castalia.

Senabre, Ricardo, (2005) «Otro Don Juan», *El Cultural*, 13 enero, p. 20

Suay, M. José, (2007) *Bibliografía y cronología del epistolario de Juan Valera*, Madrid: FUE.